

Título: El bastón de mi padre

Seudónimo: Luz de cruce

A mi padre le costó dejar de conducir.

Tenía ochenta y tres años cuando empezó a rozar los bordillos al aparcar. Lo notamos todos, aunque él lo negara. A veces aparcaba en doble fila “porque era un momento”, otras decía que las señales estaban mal puestas, que los coches de ahora eran más anchos.

Lo hablábamos en casa, con cautela. Él había sido taxista. Se sabía las calles como quien recita un poema. Pero ya no era lo mismo. Lo sabíamos.

Un día, al salir de misa, un niño se cruzó por el paso de peatones. Papá frenó a tiempo, pero aquel susto le tembló en las manos todo el camino de vuelta. Esa noche dejó las llaves en la repisa y dijo: “Ya está. Hasta aquí.”

No fue fácil. Se enfadó, se sintió inútil, lloró. Pero después pasó algo inesperado: empezó a caminar más. Descubrió bancos que no sabía que existían, saludó a vecinos que hacía años que no veía. A veces tardaba una hora en ir a por el pan. Y volvía con la bolsa llena de conversación.

Ahora va con bastón, y dice que le recuerda al freno de mano. Que gracias a él ha aprendido a ir más despacio. “A mirar con atención”, dice. “Y a entender que, a veces, dar un paso al lado también es cuidar”.

Yo creo que dejó de conducir para seguir guiándonos.